

bía dicho lo mismo, pero fué pasión de ánimo de un momento, cuando su resignación había pasado todo límite. Pero ahora no había excitación, no había acoloramiento. Estaba bajo un sereno cielo estival, el mundo en reposo, el viento exhalando soplos de paz, las flores hablando de Dios. Tuvo tiempo para meditar, para juzgar calmamente; y decidió que las cosas permaneciesen como estaban; que el heredero de Lancewood fuese despojado de su herencia; y así cometió el pecado de su vida.

Gerardo la vió inclinarse sobre algunas pasionarias que había estrujado entre sus manos; flores no tan estrujadas como la noble alma que había caído en semejante abismo de culpa.

No quiso interrumpirla; permaneció silencioso á su lado, mirándola intensamente, ansiando decirle alguna palabra de consuelo ó de esperanza, pero sin atreverse. Se puso el sol y descendió el rocío en tennes gotas; él vió brillar algunas gotas en sus cabellos.

—Miss Neslie,—dijo gentilmente,—no debe usted permanecer más tiempo aquí. El rocío cae abundante.

Jamás olvidó el joven la faz que se alzó á él, tan llena de pena y angustia, cuajados los ojos de lágrimas.

—Miss Neslie,—volvió á decir Gerardo,—ahora que estamos aquí, hablando por la última vez, así lo espero, de este enojoso asunto, me atreveré á indicarle algo de mi recompensa.

—¿Su recompensa?—repitió ella.

—Sí; ¿recuerda usted sus palabras... que al hombre que salvase á Lancewood le daría usted su vida? ¿Recuerda usted esto?

—Sí,—dijo ella con desaliento.

—No la pido su vida; la pido su amor. ¿Recuerda usted de aquel rey de la antigüedad que dijo: "Pídeme lo que quieras... aun si fuese la mitad de mi reino... te lo daría?" Usted me ha prometido más; yo pido su amor.

Ella le miró vagamente, como si no comprendiese.

—Sí,—continuó él,—que estoy muy por debajo de usted... tan sólo la grandeza de mi amor me eleva y me pone á su nivel. No tengo fortuna ni posición; pero mi amor equivale á cien fortunas. Su padre de usted confiaba en mí; usted también. En cierto modo me dejó al cuidado de usted... mi corazón y mi vida están á sus pies. Ella le interrumpió con un súbito gesto de mando.

—¡Silencio!—dijo.—No le había comprendido á usted antes. ¿Está usted haciéndome el amor... el amor á mí!

—Estoy poniendo mi vida, mi corazón, mi alma á sus pies,—replicó él.—Las palabras son débiles para expresarla cómo la amo á usted. La amo desde el primer momento en que vi su hermosa faz, y la amaré en tanto que viva.

—Y sin embargo me ha ayudado usted á pecar tan terriblemente!—dijo ella con un estremecimiento.

—¿Es un pecado arrancar el poder de manos indignas, para entregarlo á quien lo usará noblemente? ¿Es pecado salvar á un niño de la peor

de todas las vidas... la de un vicioso desalmado... y hacer de él un hombre honrado? Y de acuerdo con su propia creencia, miss Neslie, ¿es pecado quitarle esta posesión al hijo de una amazona de circo, para dársela á al leal descendiente de la gran familia de los Neslie?

—Sí,—contestó Bibiana tristemente.—Podemos emplear los sofismas que nos plazcan... poner los nombres más bonitos que gustemos... pero no por eso dejará de ser un terrible pecadamente.

—¿Quiere que lo enmendemos?—dijo él pacientemente.

—Le he dicho á usted que no. No me torture usted,—replicó ella vivamente.

—¿Y mi recompensa?—dijo Gerardo.—¿Cómo la he amado á usted? No recuerdo un día, una hora, un momento de mi vida que no haya estado lleno de pensamientos para usted. He vivido tanto en mi amor que no conozco nada fuera de él. A pedirme usted la vida se la hubiese dado sin vacilar.

—Me ha dado usted su honor y su conciencia,—observó Bibiana tristemente,—y esto es ya bastante.

—Oso pedirle su amor,—continuó él,—porque conozco lo que es el amor de los hombres, y no hay criatura humana que la ame como yo.

Bibiana colocó su mano sobre la del joven y le miró compasivamente.

—Mi querido Gerardo,—dijo,—no ve usted que, aun no existiendo otro obstáculo, ha colocado usted una barrera insuperable entre nosotros?

—¿Yo?—exclamó él.

—Usted... por este pecado. Aun cuando le amase á usted... y le declaro francamente que no le amo... este pecado abre un abismo entre nosotros. Usted y yo no podemos disfrutar de la herencia que hemos arrebatado á otro.

—¿Entonces no me ama usted... no me amará usted nunca?

—No; mi amor pertenece á otro... pero, no siendo así, tampoco podría dárselo á usted.

—¡Entonces, Dios tenga piedad de mí,—exclamó él amargamente,—pues he pecado y sufrido en vano!

CAPITULO XV

Bibiana y Gerardo Norman habían olvidado á Mr. Greston, que había terminado la lectura del periódico, y más de una vez se había asomado á la ventana para contemplar á la pareja. Parecióle un tanto extraña aquella larga, animada consulta entre la majestuosa heredera de Lancewood y el joven secretario; y le hubiese parecido más extraño aún si hubiera oído la materia que se discutía.

—He pecado y sufrido en vano!—repitió Gerardo Norman.

—No enteramente en vano,—replicó miss Neslie;—me ha prestado usted un buen servicio...

ha prestado usted un buen servicio á Lancewood.

—Todo era por usted... por nadie más,—dijo él;—y ahora me odia usted por ello.

—No,—replicó Bibiana;—no le odio á usted... le estoy agradecida. Le aprecio á usted mucho. Usted ha demostrado en todos los terrenos que es mi verdadero amigo... y, por esto le debo mucha gratitud; pero no puede haber pensamiento de amor entre nosotros, aun cuando no amase ya á otro.

—¿No?—preguntó él melancólicamente.—¿Nada podría conquistar á usted... nada podría hacer que usted me amase?

—No por esos medios... y he de decirle á usted otra cosa, Gerardo.

Un sentimiento de profunda desesperación se apoderó del joven. Bibiana le tomó una mano, que estaba fría como la muerte.

—Algo que es preciso que sea dicho,—continuó la joven.—Gerardo, hemos pecado... yo en pensamiento y palabra, usted de hecho... usted por complacerme, yo á causa de mi orgullo. Hemos pecado gravemente, y desde hoy su presencia de usted será un terror para mí. Conociendo el terrible lazo que nos une, jamás podría hablar ó reír delante de usted. Su vista sería para mí un perdurable recuerdo de mi culpa.

—¿Debo, pues, marcharme?—preguntó él.

—Sí... es preciso que salga usted de Lancewood. Siento en el alma decirlo, pero es preciso que sea así. El pecado ha sido cometido, cumplido el hecho. Renuncio á deshacerlo, pero no podría vivir con un cómplice... es preciso que se vaya usted.

—Debiera haberlo previsto,—gimió el joven.

—Figúrese usted,—dijo Bibiana con descoloridos labios,—nosotros dos hablando, sosteniendo una indiferente conversación, sentados á la misma mesa, con este horrible sentimiento de culpa entre nosotros... ¡la historia de un niño secuestrado y, una herencia usurpada! Eso no puede ser.

—Comprendo. He sufrido en vano. La he amado á usted toda mi vida... ha sido usted toda mi existencia; pero es preciso que corone mi amor con el mayor de los sacrificios... separarme de usted.

Antes de que miss Neslie tuviese tiempo para contestar, Mr. Greston cruzó la terraza y se unió á ellos.

—Están ustedes disfrutando de las delicias crepusculares,—dijo.—No es extraño; para mí no hay espectáculo más bello en toda la naturaleza.

Y al decir esto, chocó la desencajada expresión de aquellas dos fisonomías.

—Va haciendo frío,—dijo miss Neslie.—¿Qué manera de caer rocío! Si les parece á ustedes entraremos.

Volvióle el color; sus ojos perdieron la vaga, extraviada expresión. Debía guardar un secreto, y determinó guardarlo bien.

—¡Es por el honor de Lancewood!—se dijo. Pero estremecióse al coordinar estas falsas

palabras. En un sentido, el honor de Lancewood quedaba destruido por siempre jamás.

No hubo ocasión aquella noche de hablar otra vez con Gerardo, y la velada fué para Bibiana una de las más negras y terribles de toda su vida.

Pasó la noche y alboró el día. Al levantarse la entregaron una carta de lord St. Just; una amante, tierna epístola, que la hizo sonrojarse y asomar un destello amoroso á sus ojos; una carta en que decía que había esperado hasta serle imposible esperar; que ahora, debido á la infortunada muerte del joven heredero, se removía el único obstáculo que impedía su enlace.

—No puedo decirle á usted,—escribía,—cuán grande y terrible fué para mí la decepción... casi mayor de lo que podía soportar; pero la soporté por usted. Ahora todo ha terminado. Haré de Lancewood lo que usted quiera; pero debo hacer de usted lo que ansio tanto tiempo... mi amante y adorada esposa.

Una carta que hubiese llenado de orgullo á cualquier mujer, por el amor que en ella se demostraba; por poseer tan enteramente un noble corazón. Pero Bibiana, leyéndola, dijo para su mente que aquel enlace no podría tener lugar nunca; con aquel terrible secreto pesando sobre su conciencia, no le era posible casarse con él.

¿Podría—y la tentación fué muy fuerte—retroceder, enviar por el niño, quedar en paz con su alma y casarse con Adrián? Se levantó un séquito de objeciones; el triunfante regreso de milady, Lancewood entregado á la crápula y á la disipación. No; tenía el honor de la casa firmemente asegurado en sus manos ahora y lo conservaría.

—Gerardo,—dijo miss Neslie,—quiero usted venir á la librería? Tengo que hablar con usted.

El joven acudió. Bibiana sentóse al escritorio con una carta abierta en la mano.

—Síntese usted á mi lado,—dijo.—Hemos de hablar. Usted pensará que anoche fui dura con usted. Así me pareció. Quiero demostrarle que no es usted solo el que sufrirá. Vea usted,—continuó,—esta carta es del hombre que mis ante en el mundo. Hace algún tiempo me pidió que me casase con él, y me negué por amor á Lancewood. Le dije que permanecía aquí custodiando el honor de mi nombre... que no abandonaría jamás el puesto; y aun cuando mi negativa le llegó al corazón, pareció comprenderme. Me ama tanto,—continuó suavizándose su acento,—que por mí hubiese permanecido soltero toda su vida. Ahora me escribe diciéndome que el único obstáculo que se oponía á nuestro casamiento ha sido removido, y que nada puede impedirnos que seamos felices.

Aun cuando el fuego de los celos ardió como una llama dentro del pecho de Gerardo Norman, la amaba tanto que se olvidó de sí mismo; lo olvidó todo, excepto que ella estaba en una hora de prueba.

—Déjeme usted que le demuestre, Gerardo,—continuó ella,—que no es usted solo el llamado á sufrir. Voy á contestar á esta carta y decirle... al hombre que amo tanto... que no puedo ser

jamás su esposa... jamás... porque existe entre nosotros un abismo más infranqueable que el primero. Mi pena será tan grande como la suya.

Gerardo la amaba tanto que abogó contra sí mismo.

—¿Por qué ha de hacer usted eso?—dijo.—¿Por qué no se ha de casar usted con él?

—Con la negra sombra de un pecado pecado sobra mí? ¡No... mil veces no! Le amo demasiado. Soy culpable de un crimen. No de casarse con una criminal. La más noble de las mujeres no es bastante noble para él.

—Pero,—dijo Gerardo,—¿qué va á ser de su vida de usted?

Una expresión de raptó, de paciente devoción, se pintó en su semblante.

—La pasaré,—dijo,—expiando mi crimen. En cuanto pueda, trataré de enmendarlo. No vivirá para mí misma... para mi placer... para mi bienestar; vivirá para los demás. Gerardo, usted oirá hablar de templos construídos, de escuelas establecidas, de hospitales abiertos... de socorro y ayuda prestados al pobre y al desvalido. Cuando oiga usted esto, diga: esa es Bibiana Neslie y su expiación.

—Deshagamos lo hecho—replicó él vivamente,—en vez de condenarse á una triste vida.

—No. Lo he pensado detenidamente. No quiero volver de mi acuerdo. Será como es, pero debo hacer todo género de expiación. Haré todo el bien que esté en mi mano. Gastaré las fabulosas rentas de Lancewood en caridad y beneficencia, pero no devolveré al hijo de una titiritera el derecho que jamás debió ser suyo.

—Y no se casará usted jamás?—preguntó él lentamente.

—No, jamás,—contestó ella.

—¿Qué será entonces de Lancewood?—preguntó Gerardo.

—Pasaré á otra rama de los Neslie. Les conozco... gente sencilla, honesta y leal. Llamaré al heredero transcurridos algunos años y le nombraré mi heredero. Al menos, será un caballero el que me suceda. Lancewood no será presa de lady Neslie y sus amigos.

—Es una cruel decisión.—dijo Gerardo tristemente.

—He cometido una mala acción,—dijo ella.—Y ahora Gerardo, hablemos de su partida. Le he dicho á usted esto para demostrarle que no será usted solo el que ha de sufrir.

Pasaron algunos días antes de que Gerardo Norman partiese, y la partida tuvo para él las amarguras de la muerte. Sin embargo, comprendió que era preciso. Comprendió que Bibiana no podría ser jamás feliz en su presencia. Su vista, el sonido de su voz, producían en ella una impresión penosa; su voz tomaba otro tono cuando le hablaba á él. Toda la intimidad de su trato había desaparecido. Entre ellos se extendía la sombra de un pecado. Debía partir. Había condenado su alma por Lancewood, pero Lancewood no era ya su hogar.

Hubo gran admiración en todas partes cuando se supo que Gerardo Norman salía de Lan-

cewood; pero se supo que miss Neslie no necesitaba sus servicios, prefiriendo manejar los asuntos de la casa por sí misma. Mr. Greston dijo que era una lástima que miss Neslie se privase de los servicios de tan leal amigo, pero no osó intervenir.

Llegó, pues, el día en que Gerardo Norman dejó tras él toda esperanza de felicidad. Durante largos años conservó el recuerdo de aquella despedida; recuerdo que le destruyó el corazón finalmente.

Gerardo había arreglado todo lo concerniente á la pensión que debía ser remitida á su hermano para la educación y mantenimiento del niño, y difirió hasta el último momento la despedida con Bibiana; no confiaba en sus fuerzas, pero cuando el carruaje estuvo á la puerta y el equipaje colocado en él, fué en busca de miss Neslie.

La joven estaba esperándole en la librería, donde habían pasado tantas horas juntos. Sin pronunciar una palabra, el joven le tendió las manos, y ella se las estrechó. Quiso hablarla, pero sus labios temblaron, y las lágrimas asolaron á sus ojos.

—Se va usted, Gerardo,—dijo ella tristemente.—Mi fiel amigo, no encontraré quien le reemplace á usted.

—Nadie puede,—dijo él con voz enronquecida,—nadie la amará á usted como yo; nadie más dispuesto que yo á perder la vida por su causa.

—Ya lo sé,—dijo ella.—Usted ha sido para mí el más fiel de los amigos; pero es necesario que nos separemos, porque es necesario que tratemos de olvidar. Gerardo, ¿quiere usted decirme á dónde se encamina?

—Sí,—contestó él.—A América, á reunirme con mi hermano. No quiero permanecer en Inglaterra; y, miss Neslie... necesito que me prometa usted una cosa... ninguno de nosotros sabe lo que el porvenir le reserva... prométame usted que si algún día necesita usted de un amigo, de una mano fuerte que la ayude en un momento de apuro, se acordará usted de mí y me enviará á llamar inmediatamente sin el menor escrúpulo.

—Lo prometo,—dijo ella. E inclinándose, depositó un casto beso en su frente.

Por semejante recompensa, él hubiese sufrido dos veces más.

—Adiós... y el cielo le bendiga!—dijo Bibiana con balbuciente voz.—Usted ha sido mi mejor amigo, y yo su peor enemigo!

Y momentos después, Gerardo Norman salía de Lancewood para siempre.

CAPITULO XVI

Adrián St. Just no quiso someterse á la decisión de la bella é imperiosa dama de sus pensamientos. Al recibir la respuesta á su carta, se encaminó inmediatamente á Lancewood.

—Rehusó usted primeramente casarse con-

go,—dijo,—porque no quería usted dejar su casa; esa fué la única razón.

—No tenía otra, Adrián,—replicó ella.

—Esa razón no existe ya. Usted sabe de cuánto soy capaz para complacerla. Estoy conforme en vivir en el "Refugio Real" seis meses del año, y pasar los otros seis en Lancewood. Le ayudaré á usted á administrar sus fincas. Sus intereses y su bienestar me serán caros... más caros que los míos.

—No es eso,—replicó ella.—Sé que lo haría usted tal como lo dice; pero créame usted, Adrián... no puedo casarme con usted.

—Mi bella, caprichosa adorada,—dijo él riendo,—no quiero creer semejante cosa. ¿Por qué creerlo? Sé que usted me ama; y no escucharé razón, excusa, ni escrúpulo. No cesaré de insistir y suplicar hasta que sea usted mi esposa. Dice usted ahora que no; volveré. Quizás la inmediata vez diga usted otra vez que no; bueno, me presentaré una tercera. ¿Cómo resistir á un tan constante pretendiente?

—Porque no hay solución,—contestó Bibiana;—pero usted verá, Adrián, cómo hablo formalmente.

—Y yo también, adorada mía; y juego toda mi fortuna á que no transcurre mucho tiempo sin que sea usted lady St. Just. No quiero tomar su "no" como una respuesta, á menos que no me diga usted que ha cesado de amarme. ¿Es así? Sé que usted dice la verdad en toda ocasión? ¿Ha cesado usted de amarme?

—No,—confesó ella,—ciertamente no.

—¿Quiere usted decirme por qué no quiere casarse conmigo?—volvió á preguntar St. Just.

—No puedo; pero la razón es muy grave,—replicó ella tristemente.

—Vendré de nuevo,—dijo lord St. Just.—Usted me ama y algún día será mi esposa... estoy seguro de ello. Esos recientes terribles acontecimientos la han trastornado y enervado á usted, Bibiana. Reina y señora mía, quiero ser generoso; quiero darle un año para que reflexione sobre su decisión, y, transcurrido ese plazo, vendré á saber la respuesta.

Adrián se marchó y Bibiana quedó sola para hacer de su vida lo que mejor pudiese. No perdió el tiempo en vanas lamentaciones. Una mala acción había sido perpetrada. No quería enmendarla; pero quería hacer cuanto estuviere en su mano para expiarla.

Desde aquella hora comenzó una vida dedicada por completo á hacer el bien. Jamás el honor de Lancewood había rayado á semejante altura. Al principio encauzó sus energías á reformar abusos. Envió á llamar á todos los criados que lady Neslie había despedido; puso la casa en el mismo pie que estuvo durante la vida de su padre. Orden, puntualidad, limpieza, regularidad y método, reinaron una vez más en la casa. Una vez más la campana congregó mañana y tarde para orar en común; un procedimiento del cual se había mofado milady. Una vez más Lancewood tomó su pristina forma, y fué la casa principal de la comarca: la casa respetada de todos. Una vez más el propietario de Lancewood fué uno de los

principales magnates de la comarca; los carruajes se detenían ante sus verjas, y la gente miraba á sus moradores como siempre lo había hecho.

Era tarea de tiempo, pero Bibiana la dió cima por último. Pareció á la joven que las huellas de la residencia de Valeria no podrían borrarse jamás. Los cuadros habían sido todos removidos y cambiados; el magnífico mobiliario de antiquísimo roble, tan de acuerdo con las altas paredes, había sido reemplazado por modernas frusterías, fuera de lugar.

Cuando la antigua mansión volvió á ser lo que era, Bibiana comenzó las reformas exteriores. Trabajaba incesantemente para no tener tiempo que dedicar á pensar. Llenaba sus días de buenas acciones, de modo que las horas no pudiesen al pasar, recordarle su pecado. Pero no era feliz; todo el mundo notaba el cambio que se había operado en ella. Era pensativa, triste, reservada. Si alguien la encontraba sola, notaba cierta extraña nerviosidad en sus maneras; un escondido temor, como si esperase la ocurrencia de algo inesperado. Era más buena, más paciente, más considerada; se olvidaba de sí misma atendiendo á los demás.

Pasaron unos cuantos meses, y en la posesión no había una sola persona que no hubiese sido objeto de su solicitud. Los enfermos, los valetudinarios, los pobres, todos eran socorridos. La gente, hablando de miss Neslie, decía que era especialmente buena con los niños. Jamás pasaba por el lado de uno de ellos sin acordarse de Osvaldo. Una pequeña escena que presencié en el camino de Hydewell la impresioné rudamente. Pasaba por allí en su carruaje cuando vió que dos chiquillos se batían. Uno era mucho más alto y fuerte que el otro. Bibiana no pudo pasar sin intervenir. Hizo detener el carruaje y preguntó de qué se trataba.

—¿Me ha quitado quince céntimos!—sollozó el más pequeño.

—¿Es eso verdad?—preguntó Bibiana al mayor.

—Sí; mucha verdad,—dijo el interpelado;—pero yo soy su hermano mayor.

—¿Y por qué le has quitado esos cuartos?—preguntó milady.

—Porque se los hubiera comprado de dulces. Yo compraré algo que será más provechoso.

Los niños se percataron de la expresión que se pintó en el bello, melancólico rostro. Aquellas palabras cayeron sobre ella como un golpe. ¿Qué iba á decir? En mayor escala, esto es lo que ella había hecho: usurparle la herencia á su hermano, para hacer un buen uso de ella. Después se dijo que sus motivos eran más nobles, tan nobles, realmente, que casi justificaban lo que había hecho. Se apartó de allí vivamente, sin esperar á ver la terminación del combate.

Pasaba el tiempo, y el perfecto orden que reinaba en las fincas, llamaba la atención de todo el mundo. Parecía que por allí se hubiesen acabado los pobres. Los trabajadores estaban bien retribuidos; sus viviendas eran sanas y hasta elegantes. Se crearon escuelas y asilos para los niños

los ancianos respectivamente. Por entre el follaje se distinguía la torre esbelta de una nueva iglesia. Los arrendatarios obtuvieron ventajas en sus contratos. La gente se conceptuaba dichosa, viviendo bajo la férula de miss Neslie.

Quería morir soltera, según de público se decía; quería dedicarse á Lancewood; quería pasar allí su vida haciendo todo el bien posible. Los que la consideraban hermosa, rica, dueña de una inmensa posesión, la adorada cabeza de una gran casa, se decían que ella, sobre todo el mundo, era digna de envidia; poco sabían lo que se ocultaba bajo aquel aspecto triste, si bien sereno.

Pasó un año y volvió Adrián St. Just. Pero esta vez Bibiana no quiso recibirle; huyó á la orilla del mar, y el decepcionado amante tuvo que volverse sin conseguir verla. Le escribió por qué lo había hecho así; porque su vista le causaba más pena que placer; tenía que decirle de nuevo "no," y había preferido evitar la entrevista. Pero milord no perdió las esperanzas; se juró que el objeto de su vida sería conquistar para él aquella hermosa, noble mujer, que tan resuelta parecía escapar de todo amor. La escribió diciéndola que volvería transcurrido otro año, y así sucesivamente hasta que se rindiese.

"Permaneceré soltero,—decía,—esperándola á usted, y mientras vivamos, no perderé la esperanza."

Bibiana no era feliz; quizás en toda la extensión de la comarca no hubiese otra criatura tan infeliz como ella. Había horas en que no podía soportar la memoria de su pecado; cuando su altivo, noble carácter, se estremecía de horror y se odiaba á sí misma con odio intenso; en que no podía sufrir la luz del día ni el canto de los pájaros; en que temía la obscuridad de la noche; en que la vida era un tormento, y la memoria de su pecado una terrible carga que iba haciéndose cada vez más pesada, había veces, cuando, arrodillada, con lágrimas de contrición, rogaba á Dios que la perdonase y se arrepentía con toda su alma; pero jamás tuvo el momento propicio para retornar lo que había arrebatado injustamente.

CAPITULO XVII

Había transcurrido año y medio, y Bibiana Neslie estaba firmemente establecida en Lancewood. Había caído en un método de vida que no sufría cambio alguno. Para conservar la fama de hospitalaria de que gozaba la casa, daba alguna que otra fiesta, pero que diferían grandemente de los alegres festejos de lady Neslie. Las madres de familia no declinaban ya las invitaciones; al contrario, se solicitaban con gran empeño, y una entrada en Lancewood era un salvo-conduto para todas partes.

Miss Neslie no era una abogada de los derechos de la mujer; no se le ocurría encaramarse en una tribuna y pronunciar soporíferos discursos; no había querido saber más medicina que la casera, y las mujeres abogados la causaban risa. Sin embargo, á pesar de todo esto, tomó un pro-

fundo interés en los asuntos políticos; en todas las materias sociales. Discutía las probabilidades de la vuelta de un diputado; los mejores planos para casas de obreros, cosa realmente necesaria como tocante á la mejora de la condición de los obreros; las escuelas más apropiadas, y así todo lo demás.

Era una mujer nacida especialmente para mandar. Se hubiese encontrado desorientada en una posición inferior. Tenía grandes facultades administrativas miraban el estado floreciente de aquellas fincas con cierta envidia; el orden, el método, la prosperidad. Era mujer de gran capacidad. Cualquiera que fuese á ella, con un plan, una idea, una invención de cualquier clase, tenía la seguridad de ser apoyado. Adoptaba todas las mejoras modernas; no ahorra dinero ni molestias, y la placía oír las alabanzas que la gente prodigaba á Lancewood.

Su vida estaba sumamente atareada; sin embargo, hubiera querido tener mucho más que hacer, para desechar los pensamientos que la perseguían, el remordimiento y disgusto que jamás disminuían. Iba á la iglesia, pero no unía sus plegarias á las otras; ¿cómo era posible, persistiendo en la injusticia y en el pecado? Abría las páginas de su Biblia, pero volvía á cerrarlas, pues las palabras que aludían á la recompensa que esperaba á los justos, la conturbaban.

"Haz el bien cueste lo que cueste," eran palabras que resonaban continuamente en sus oídos. Pensó en ellas hasta que su clara mente llegó á ponerse confusa. ¿Era justo lo que ella estaba haciendo, poniendo á Lancewood como no se había visto en sus mejores días, ó era justo restituirlo al que lo arruinó? ¿Acaso el medio justificaba el fin? ¿Era posible que el bien naciese del mal, que el mal pudiese ser jamás justo? Reflexionó sobre esto, larga y ansiosamente, y después decidió que Lancewood era su interés más caro, y que debía en primer término atender á él.

Llegó un día en que estas cuestiones quedaron súbitamente zanjadas.

Era un día sereno y frío de Diciembre y Bibiana había estado muy atareada. Aquel invierno era sumamente crudo y nivoso, y las gentes padecían mucho á consecuencia del frío. Había recorrido las fincas repartiendo socorros con generosa mano allí donde había visto necesidad. Pobres y ricos exclamaban: "¡Dios bendiga á la noble lady de Lancewood!" mientras ella clamaba misericordia para su pecado.

Aquel frío día de Diciembre llegó á casa casi helada. Quitóse el rico abrigo de pieles, y se sentó unos minutos junto á un hermoso fuego. Era al caer la tarde. Un resplandor brillaba sobre campos y montañas; los árboles parecían gigantes desnudos; el aire claro, punzante; una sombra gris caía sobre la campiña; una sombra que producía una luz de un amarillo peculiar. Bibiana estaba en el salón, y á la luz del hogar se notaba una rojiza radiación que contrastaba con las sombras de fuera.

Al mirar en torno suyo, la vista de su hermosa vivienda le alegró el corazón... pero sin la sombra que yacía sobre su vida cuán feliz hubiera

podido ser! Medio deseaba que Gerardo Norman se hubiese interesado tanto por ella. En semejante caso no hubiese obrado como lo había hecho. Sus pensamientos fueron á él. Había sabido del joven secretario una ó dos veces. Le había escrito breves y tristes cartas que no contenían noticia alguna particular. Pareció como una respuesta á sus pensamientos la entrada de un lacayo con el correo. Se había entretenido aquella mañana á causa del mal estado de los caminos por la helada, y no había llegado hasta después de haber salido miss Neslie á su larga visita.

Bibiana abrió la valija maquinalmente. Nada tenía para ella de gran interés. La primera carta que vió, ostentaba una ancha orla negra y estaba puesta por Gerardo Norman.

¿Qué significa aquello? Las demás cartas, inadvertidas, cayeron de su mano al suelo. Un tembloroso suspiro salió de sus labios. ¿Qué significaba aquella orla de luto? ¿Qué contenía?

Parecióle que había transcurrido una hora desde el primer momento de ver la carta al de abrirla.

Después, las palabras de Gerardo parecieron resaltar con caracteres de fuego.

"He de comunicarle tristes noticias... tristes, aun cuando, después de todo, quizás sea mejor así. El niño ha muerto. Ha estado enfermo, delicado durante algunos meses; luego se agravó y murió por fin. Créa usted que ha sido atendido, con la mayor solicitud, sin que nada le faltase; pero todo ha sido en vano. Le han asistido los mejores médicos y cuidado las mejores enfermeras... todo inútil. A ser mi propio hijo no hubiera podido hacer más por él; pero ha muerto á pesar de todos mis esfuerzos y cuidados. Pasaba bajo el nombre de Enrique Norman, y para que no le quepa á usted duda de lo que digo, le envío certificado de su muerte.

"Yo he sentido mucho su muerte, pero quizás sea mejor que haya ocurrido. La suplico que crea que no ha podido ser mejor tratado. Recuerde usted que cada cual tiene contado el número de sus días. Hubiese muerto de la misma manera aun permaneciendo en Lancewood.

"Y ahora, miss Neslie, puede usted ser feliz. Cese usted de lamentarse y gemir. Al niño le ha ocurrido lo mejor para él. Mi hermano le había enseñado lo que jamás hubiera aprendido en Lancewood... amar y temer á su Hacedor.

"Puede usted descansar ya; Lancewood le pertenece; el terrible pasado ha ido á la tumba con el niño. Que sepa yo que se ha casado usted con el hombre que ama y que es usted feliz; ya sabe usted cuánto ansío esto.

"Una vez más, antes de morir, trataré de verla á usted; puede ser pronto, y puede que tarde muchos años. Las bondadosas palabras que usted me dirá serán la recompensa de toda una vida de amor y devoción hacia usted."

Bibiana examinó los documentos incasos; eran copias de certificados; el de defunción de Enrique Norman y el de su entierro en Nueva York. Y así se dijo á sí misma que la trágica página de aquella historia había terminado.

¿Estaba contenta ó triste? El mundo parecía

inmóvil; su corazón palpitaba lentamente; su pulso apenas latía; todo su sér parecía haber recibido un repentino golpe. Una hora después encontróse arrodillada con la carta en las manos.

Había muerto el niño de la "ecuyère," cuya herencia había usurpado porque no era digno de gozarla. Había muerto, y Lancewood era realmente suyo.

Podía tener sentimiento por lo que había hecho —por el pecado de un día,—pero la idea de un persistente crimen había cesado; cesado por completo. La herencia era suya. No retenía ya lo que pertenecía á otro. La negra, terrible sombra se había desvanecido. No perjudicaba al heredero de Lancewood, puesto que había muerto.

Y, sin embargo, jamás derramó lágrimas más amargas, que allí arrodillada, pensando en el niño; pero cuando sus lágrimas se agotaron y se que un oquq "auupioo upia vj ep oua; je osnd un gran cambio. Pareció rejuvenecerse. Los ricos colores volvieron á su hermoso rostro. Hablaba, reía y caminaba como hacía muchos años que no se había visto en ella. El terrible peso había caído de su sér. Ya no retenía injustamente lo que pertenecía á otro.

Volvía á ser ella misma, como no lo había sido desde el casamiento de su padre. No trató de ocultarse la enormidad del pecado que había cometido; con profunda contrición se acusaba de él ante el cielo; pero el peso de su pecado parecía haber desaparecido con la muerte del niño; y si algún ansioso pensamiento le ocurría de que su muerte pudiera haber sido causada ó precipitada por su traslado de Lancewood, recordaba lo que Gerardo había dicho. Su contado número de días hubiesen llegado á su fin lo mismo en Inglaterra que en América. Si la idea encerraba mucho fatalismo, ella no lo sabía.

La gente se preguntaba cómo era haber perdido su triste gravedad, su melancolía. Lo achacaron á efecto del tiempo sobre su pesar. Ella sabía que había sido aliviada de un terrible secreto que la doblegaba bajo su peso.

Después supo por Gerardo que el hermano de éste, no teniendo ya objeto para permanecer en América, volvía á Inglaterra. Gerardo prefería permanecer donde estaba. Bibiana envió al hermano una hermosa suma de dinero en señal de reconocimiento por sus buenos servicios, y luego se dijo que aquel asunto había terminado enteramente.

Aquel año, por la primera vez desde la muerte de su padre, fué á Londres. Dejó á su adorado Lancewood con toda prosperidad y emprendió el viaje con lady Smeaton y sus hijas. En la metrópoli encontró á lord St. Just, el cual se sintió primero sorprendido y luego deleitado.

—¡Si únicamente pudiese comprenderla á usted!—la dijo un día.—Usted es el mayor asombro que he tenido jamás. Pero ha de saber usted que voy creyendo que, á pesar de todo, me ama usted, Bibiana, y que por fin consentirá en ser mi esposa.

—Pruébelo usted,—dijo con ruborosa sonrisa.

—¿Quiere usted!—exclamó él.—¡Oh Bibiana, no es posible que quiera usted hacerme feliz por

fin! No puede creerlo, amor mío... ha sido usted tan fría, tan cruel, que no me es posible creerlo. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Ella le puso una mano en las suyas y le miró. —Mi vida ha sido muy extraña,—dijo,—muy dura, y hay en ella algunos terribles episodios; pero si usted cree que yo puedo hacerle feliz, le pertenezco á usted por entero. Adrián.

Parecióle á milord al principio, atreviéndose apenas á creerla, que su juicio no estaba todavía del todo seguro. No podía darse cuenta de la felicidad que era realmente suya. Encontró, por fin que era cierto, y entonces su deleite no tuvo límites.

Otro tanto ocurrió con lady Smeaton.

—¡Por fin ha vuelto usted á sus sentidos, Bibiana! Aun cuando no acierto á comprender el por qué de su extraña conducta.

Y Bibiana no se admiró de que la buena señora no acertase á comprender, porque volviendo la vista atrás, muchos de los actos de su vida tampoco le era posible á ella comprenderlos.

El casamiento tuvo lugar por el mes de Junio y quizás no haya habido otro que produjera satisfacción más general.

Uno de los periódicos que daban cuenta de la boda llegó á América, y fué leído por un solitario, desolado sér que se inclinó sobre el papel vertiendo amargas lágrimas.

—Será feliz por fin,—dijo Gerardo Norman,—mientras yo jamás sabré lo que es felicidad.

CAPITULO XVIII

¡Casada y feliz! Parecióle á lady St. Just, cuando oyó repicar las campanas el día de su boda, que había llegado al fin de sus sinsabores por último. Estaba en una de las posiciones más elevadas que pueden caberle á una mujer que no ciña corona regia. Era dueña de Lancewood con sus cuantiosas rentas y dueña asimismo del "Refugio Real." Lord St. Just era uno de los pares más ricos de Inglaterra. Bibiana gozaba de ilimitada fortuna, de ilimitado amor. ¿Qué más podía desear una mujer?

Sin embargo, cuando ella pensaba en estos esplendores y en su magnificencia, solía decirse:

—Mi pecado me conservará humilde ante Dios y ante los hombres.

Y así era. No había mujer más bondadosa, más considerada, más caritativa en Inglaterra, que lady St. Just; sobre todo era tierna, compasiva y amante para con los niños.

Su marido contemplaba el bello y ansioso rostro y sonreía.

—¡Cuánto te gustan los niños, Bibiana!—la decía.—Casi quisiera ser un niño; así me amarías más.

—No sería posible que pudiese amarte más, querido,—respondía ella.

Y á sus labios acudían las palabras "Una vez obré contra un niño;" pero hacía lo posible por no pronunciarlas.

Así, por todos conceptos, trataba de enmendar la mala acción cometida.

Después vinieron noticias de París. Milady, por fin, se había casado con el conde de Caloux, y envió esquelas á lady St. Just. Su marido hubiese querido que hiciera caso omiso de ellas, y lo admiró que Bibiana enviase un rico presente á aquella mujer que quería tan poco, como á él le constaba. Bibiana, al hacerlo, pensó que era una especie de reparación.

Lord St. Just estudiaba la manera de complacer á su esposa bajo todos conceptos. Sabiendo el gran apego que le tenía á Lancewood, pasaban allí seis meses del año, y dentro de aquel recinto, recientemente escena de disipación, solían reunirse los hombres más nobles y ejemplares de Inglaterra. Lord St. Just era un político profundo, y nada le deleitaba tanto como el interés que su mujer tomaba en sus asuntos. Le sería de mucha ayuda; ella entretenía á los hombres de Estado que se reunían en su casa. Más de un nudo gordiano era cortado por su ingenio juvenil, más de una fuerte y noble medida, bendecida por el país, fué discutida por primera vez en Lancewood.

Bibiana era portentosamente feliz; había veces en que inclinaba su hermosa cabeza, en muda plegaria de gracias al cielo, que tanta piedad, tanta misericordia había demostrado para ella, preguntándose por qué había sido reservada á gozar de una bendición que suele caer en el destino de pocos.

Después nació un hijo y heredero: heredero del "Refugio Real," y del título de su padre. Este le aumentó su felicidad, pero le hizo recordar más vivamente el pasado. Jamás miraba el rostro de su hijo sin acordarse del pequeño Osvaldo, enterrado al otro lado de los mares.

Pero su madre no había amado á aquel niño como ella amaba á éste. Aquella sólo había pensado en la prosperidad que el niño la traha, no en el niño mismo.

El cielo le concedió otro hijo, y entonces la dicha de Bibiana era enteramente completa.

—Este será un Neslie,—dijo lord St. Just.—Le pondremos Arturo, como tu padre, y Lancewood será suyo. Así, Bibiana, querida mía, verás otra vez un Arturo Neslie de Lancewood.

Milord admiróse de que el rostro de su mujer se pusiera repentinamente pálido y temblasen sus labios. Y le admiró más aún, cuando después le permanecieron unos momentos inmóvil, pensando profundamente, ella preguntó de pronto:

—Adrián, ¿crees tú que el pecado puede prosperar?

—¡Querida mía, qué pregunta! ¿Cómo puede prosperar el pecado?

—Supongamos que un hombre roba cincuenta libras esterlinas y que esta suma sirve de base para su fortuna... ¿dirías que el pecado habría prosperado?

—Casi lo parecería; pero, Bibiana, la prosperidad no borra el pecado... sería una consecuencia de él. ¿Por qué me haces tan extraña pregunta?

—Pensaba en ello anoche. Supón que tienes algo á que dar mal empleo y que, mediante un fraude, yo te lo arrebato, sabiendo que haré de

ello un bueno y noble empleo... ¿podrá justificarse el hecho?

—No; sería sencillamente un robo,—contestóle su marido.

—Supón que un mal rey rige los destinos de una nación, arruina á sus súbditos, deshona á su país y se arruina á sí mismo; y supón que otro rey, más prudente y noble que él, le despoja de su soberanía y empuña las riendas del poder... ¿sería un ladrón?

—Supongo que no,—dijo lord St. Just.

—Pero el hecho es el mismo; la única diferencia es que el segundo roba en mucha mayor escala que el primero.

—Mi querida mujer,—dijo lord St. Just con sorprendida expresión,—¿á qué tomarte esa molestia? ¿Por qué piensas en esas cosas?

—Doy suelta á mis pensamientos,—replicó ella,—y á veces me confundo.

—No podré ilustrarte mucho sobre ese punto, querida mía. Cuando estés mejor, lo discutiremos ampliamente.

El segundo hijo, Arturo Neslie, era un robusto y hermoso niño y debía gozar de la propiedad de Lancewood. Tenía todos los rasgos de los Neslie, con los hermosos ojos negros y la sensible boca de su madre. La profesaba á aquel niño un peculiar amor, muy distinto del que tenía al otro. En Arturo parecía revivir la antigua raza. Jamás le conceptuaba como un St. Just; para ella era Neslie de Lancewood. Toda su orgullo, toda su ambición, el amor á su apellido, vivieron de nuevo en aquel niño. Era todo el mundo para ella; más querido que su esposo y que su hijo mayor.

Antes de que pudiese hablar ya había ella trazado el plan de su educación. Quería enseñarle á vivir, como ella había hecho, para Lancewood; quería inculcarle el amor á su raza, el orgullo de su nombre, inmediatamente después del amor á Dios; y en él, aquel noble y hermoso hijo suyo, brillaría de nuevo toda la gloria de los Neslie.

El niño adoptaría el apellido Neslie cuando fuese mayor. Residiría en Lancewood tan pronto como fuese posible; y en sus pensamientos, arregló su matrimonio con una bella y noble doncella cuyo nombre diera nuevo lustre á la casa.

"El hombre propone y Dios dispone." Jamás ha habido proverbio más verdadero. Los dos hijos de lady St. Just crecían en belleza é inteligencia; el mundo iba bien con ella. Era tan feliz entonces, que con frecuencia olvidaba su culpa del pasado; en que la sombra se desvanecía tan completamente que casi no recordaba que hubiese existido; en que era tan entera, tan completamente feliz, que lo olvidaba todo, excepto el risueño presente.

Sabía de Gerardo á raros intervalos y sus cartas eran tan tristes que ella se sentía apenada muchos días después de su recepción; todas terminaban de la misma manera, diciendo que antes de morir vendría á Inglaterra para verla por última vez.

Bibiana no era ingrata, pero aquellas cartas la entristecían de tal modo que hubiera dado cualquier cosa por no recibirlas.

¿Había prosperado su pecado? Así parecía. A veces tenía miedo de su propia felicidad.

—¿Me ha perdonado Dios?—solía preguntarse cuando miraba en torno suyo.—¿Me ha perdonado el cielo?—repetía cuando contemplaba el rostro de su hijo más amado.

Lord St. Just había tomado á empeño el residir en Londres durante la "season." Tenía una magnífica casa, Herton House, un elegante hotel en las inmediaciones de Hyde Park. Allí afluían todos los personajes influyentes del día. Allí también reuníase la corte de la bella y graciosa dueña de la casa; la encantadora dama de ojos negros, cuyo porte y maneras eran las de una reina. Tratar á lady St. Just era ostentar un sello de distinción. Las gentes de segundo orden no frecuentaban la casa; no era ésta albergue de ligereza, placeres ó frivolidad; los hombres de talento, los sabios y nobles, acudían allí, y Bibiana tenía motivos para sentirse orgullosa de las personas que pisaban sus salones.

Hasta su muerte recordó Bibiana una mañana de Mayo en que el sol brillaba resplandeciente, y ella estaba en el comedor esperando á su marido para tomar el desayuno. La estancia era bellísima, alegrada por su tapicería clara, por las blorosas flores y el brillante fuego que ardía en la chimenea. Las ventanas daban á una plazoleta, precioso jardín con profusión de rosas y claveles, las flores favoritas de lady St. Just. Dos cabecitas, una de blondo cabello y otra cubierta de negros rizos, se asomaban á la puerta; y Bibiana, que contemplaba las flores, no se había fijado en sus hijos.

Estaba muy linda aquella mañana de Mayo. El aire fresco y perfumado coloreaba sutilmente sus mejillas; sus negros ojos irradiaban una dichosa luz; su boca ostentaba una grave, dulce sonrisa; su rica cabellera estaba sencillamente peinada; una rosa encarnada era su único adorno, y en el escote lucía otra flor igual. Alta, graciosa, los años parecían detenerse para ella. Allí permanecía, soñadora, con la sonrisa en los labios.

De pronto oyó ruido, y, al volverse, vió á los pequeños detrás de ella. Eran dos preciosas criaturas. El mayor, Francisco, era rubio como un ángel de Guido, y su cara un capullo; el pequeño tenía los negros ojos de su madre y su negra cabellera, una boca dulce, una noble faz como la de Bibiana, llena de fuego é inteligencia; un niño de quien podía asegurarse que llegaría á ser un noble carácter. El mayor tenía cinco años y Arturo cuatro, y ambos tenían casi la misma estatura.

—Mamá,—gritó uno de ellos al volverse su madre,—nos hemos escapado de nuestra habitación. Déjanos desayunar hoy contigo.

Después, porque sabía que amaba más al pequeño, besó al mayor primero. Tomándolos á ambos por la mano, llevólos á la ventana y les mostró las rosas que comenzaban á abrir.

—Os quedaréis,—dijo—Papá no tardará mucho y os desayunaréis con nosotros, porque estoy contenta de vuestra conducta.

No soñaba ella en lo que ocurriría antes de que el desayuno hubiese terminado.